**Neoliberalismo, identificación con el agresor y la violencia: considerando la dinámica afectiva de la sumisión y las formas posibles de resistencia**

 Beatriz Gang Mizrahi ( Psicoanalista CPRJ)

**Resumo**

 Entendido en su contexto histórico, el neoliberalismo promueve formas violentas de relación social generadoras de sufrimiento. Su búsqueda por una reducción sistemática de las protecciones y soportes colectivos puede tal vez basarse en una negación defensiva de la dependencia . La violencia implicada en esta dinámica puede ser analizada, con Winnicott y Alice Miller, no como primaria, sino como resultado de una adaptación reactiva a contextos ambientales hostiles.

Según Miller, contextos políticos opresores pueden ser alimentados por procesos psíquicos ligados a la identificación con el agresor: el sujeto que sufrió abuso en la infancia, para garantizar inconscientemente el vínculo con el adulto agresivo del pasado, se convierte él mismo en un tirano, apoyador de violencias contra los más vulnerables. Para Winnicott, por su parte, el miedo a la dependencia genera actitudes dominantes defensivas que pueden expresarse en los más diversos totalitarismos políticos. Estas dos descripciones parecen exponer dinámicas defensivas presentes en el neoliberalismo. Las resistencias posibles a esta dinámica implican la búsqueda de contextos (tanto relacionales como políticos) que, por su consistencia nos permiten una libertad que no se opone a la dependencia, sino que se da en el encuentro vital con el otro acogedor.

**Palabras clave:** Neoliberalismo, poder, negación de la dependencia, identificación con el agresor, resistencia.

Entre las tragedias diarias de violencia extrema, recientemente escuchamos aterrorizados sobre un padre que, en su apartamento, en Barra da Tijuca, Barrio de Rio de Janeiro, matou a sus hijos, su mujer y luego se mata. La mujer muere por el cuchillo, mientras que los niños son lanzados por la ventana. El hombre habría dejado una carta en la que decia que ante el riesgo inminente de perder su nuevo empleo, lo mejor sería "acabar con todo" para evitar el sufrimiento de todos. Los conocidos de la familia afirman que él tendría, meses atrás, dejado su viejo trabajo y cambiado por uno nuevo, con salario mayor donde, sin embargo, acaba desesperándose, al vislumbrar el desastre de un despido.

Además de la polarización entre hechos de la cultura y configuraciones psicológicas del individuo, tragedias como esa nos hacen pensar en formas de violencia y sufrimiento donde se cruzan desastres al mismo tiempo sociales y subjetivos cuya dinámica apunta a aspectos tanto de nuestro contexto político contemporáneo como de la historia singular de sus participantes. En ese sentido, si por un lado la locura de ese hombre no puede ser comprendida apenas considerando que fue alcanzado por la inseguridad hoy generalizada en el trabajo – debiendo tener ciertamente perturbaciones profundas en su construcción subjetiva – por otro lado, imaginamos cuánto la precariedad sentida actualmente en el trabajo y en los demás vínculos de pertenencia social puede combinarse con fallas primarias en el proceso de constitución del si mismo, intensificando dinámicas patológicas que tal vez tuvieran un curso menos desastroso, fuera el contexto social más favorable.

Para ayudarnos a pensar sobre situaciones de ese tipo que involucran la relación entre la violencia que afecta al sujeto a partir de sus primeras relaciones y la violencia social relacionada hoy a la disolución neoliberal de los lazos sociales, escojo una autora poco estudiada en Brasil: Alice Miller, psicoanalista suiza de origen judío-polaco que se sumerge profundamente en el tema del abuso infantil, y se atreve a criticar claramente buena parte del psicoanálisis por haber dejado de lado los efectos psicopatológicos para el niño de la perturbación de los padres.

La crítica de Miller (2006) se dirige a lo que podríamos comprender como un psicoanálisis orientado hacia la pulsión, un referencial que, según ella, se alza como una defensa psíquica contra el pleno reconocimiento del trauma, ya que los psicoanalistas, por sobrevalorar los peligros internos que habitarían al individuo a partir de un pulsional supuestamente disruptivo, evitarían admitir cuánto el sí mismo del niño puede, de hecho, ser asolado por invasiones y violencias que le llegan de fuera: de la familia o de la cultura más amplia que todavía niega, en buena medida, la dependencia infantil.

Sugiere que la violencia sufrida por los padres cuando eran niños estaría en la base no sólo de la transmisión transgeneracional de la violencia que cometen después contra sus propios hijos, sino también de aquella violencia cometida en los crímenes, o perpetrada por dictadores en regímenes totalitarios. La fidelidad al padre agresor y la necesidad de mantener con él un vínculo – que en la infancia era fundamental para la propia supervivencia – llevaría al niño y luego al adulto a negar el dolor que sintió en el pasado ante la agresión sufrida. Sería inconscientemente para mantener esa relación primera, indispensable y vital con el adulto cercano, que el sujeto vendría desde la infancia a identificarse con su violencia: sea viniendo a cometerla contra sus propios hijos, sea – en el plano socio-político más grande – convirtiéndose él mismo en un líder tiránico, o un sostenedor de las más diversas tiranías.

Otro camino de esa misma identificación con el agresor como intento de evitar una amenaza traumática de abandono, distinto del ataque al otro, es el ataque a sí mismo. Este autoataque puede aparecer en la depresión, en las enfermedades somáticas, pero también en una negación inconsciente de la propia dependencia, negación que sirve para atender a una exigencia del padre agresor que no podía aceptar la vulnerabilidad del hijo pequeño. Al ser negada, la vulnerabilidad sentida necesita ser proyectada por el sujeto en otras personas a quienes él pasa a oprimir, pues así se imagina librarse de la propia dependencia, siendo por eso más aceptado a los ojos del padre perturbado (que un día fue su única referencia).

La idea central defendida de varias formas por Miller es que los mecanismos de identificación que hacen al sujeto sumiso a las exigencias del adulto agresor hacen que él repita la violencia sufrida, tanto contra terceros como contra sí mismo. Sería justamente esa repetición que estaría en la base de procesos que buena parte del psicoanálisis llamó la pulsión de muerte, concepto que habría protegido a los psicoanalistas de percibir con nitidez el origen de la destructividad humana en la perturbación parental.

Asignar la destructividad al individuo y encararla como primaria en relación al trauma es un proceso defensivo que nos ahorra de encarar toda la dureza que un individuo puede llegar a vivir, cuando es niño, en un ambiente hostil. De la misma forma, buena parte de nuestros valores culturales – sean de fondo religioso o político – que ven el individuo como naturalmente malo, rechazando el origen traumático de las actitudes violentas y creyendo en una moral que necesitaría siempre imponerse de fuera, componen esa misma defensa psíquica que rechaza reconocer el dolor que puede llegar a partir de los contextos traumatizantes.

Con estas ideas de Miller vuelvo a pensar lo que podría haber movido a aquel padre de clase media, que tanto nos chocó con su actitud al mismo tiempo homicida y suicida, habiendo sacrificado de manera tan arrebatadora la vida de los hijos, de la mujer y su propia.

Si con Miller, dispensamos totalmente la idea de una destructividad innata, somos llevados a creer que un opresor debe haber existido en el pasado de ese hombre para que él llegara a cometer tan grande violencia. Por otro lado podemos imaginar cómo la opresión que seguramente vivió en su pasado infantil, puede haber sido reeditada ahora para él en tiempos de precariedad social, en la amenaza real, y nada delirante, de que se quedara sin su trabajo.

**¿**En su gesto loco, inconscientemente, él intentó desesperadamente atender a una exigencia social de matar y morir para corresponder a un desempeño laboral inalcanzable porque producido en un contexto nuevo, en el que el trabajo, instrumento aún hegemónico de inclusión social, se vuelve tan escaso? **¿**En qué medida la exigencia social de sumisión cotidiana de los sujetos a esos ideales de desempeño tan imposibles y distantes de nuestras necesidades afectivas vitales, nos propone, en última instancia, la aceptación de un cierto tipo de muerte diaria como recurso último e imaginario para ser socialmente aceptados?

Parece que ese hombre que los vecinos reconocían como trabajador empeñado y preocupado por la familia, podría haber sido tomado, ante la inseguridad en el empleo, por una tal desesperación en cuanto a la permanencia de ciertos vínculos fundamentales para el sustento (concreto y emocional) de sí mismo y de su familia que, en un esfuerzo desesperado, se habría sometido radicalmente a la lógica empresarial de matar y morir por la competencia, por la productividad. Con eso acaba llevando a su familia a morir junto a él, pero aún en un intento último de así preservar lo que, a falta de otras referencias, le parecía indispensable a la vida.

Pensando más allá de ese caso aislado nos preguntamos cómo el contexto actual de disolución de las protecciones sociales e inseguridad en cuanto a los vínculos necesarios a la propia supervivencia puede reeditar traumas y experiencias pasadas de abandono, accionando, en los sujetos, defensas que los llevan a la reproducción de la violencia contra sí mismos y contra los otros, en un intento último de garantizar sus lazos fragilizados. De ahí, por ejemplo, la frecuencia con que padres excesivamente preocupados por el desempeño educativo de los hijos oprimen y deslegitiman muchas de sus necesidades afectivas, haciendo su vida girar sólo en torno a estudiar, competir, y comprar. Con un enfoque excesivo en la productividad escolar, esos padres limitan la vitalidad creativa de los niños, fieles a una cultura de la muerte por sumisión a los designios del mercado.

Al mismo tiempo en una mano contraria y complementaria, que va desde lo singular al macropolítico, también necesitaríamos pensar cómo, tal vez, la máxima neoliberal actual que niega radicalmente la dependencia humana, al disolver las protecciones colectivas históricamente ligadas al trabajo, sin sustituirlas por otras formas de inclusión social, bebe en la misma fuente de defensas psíquicas reconocidas por Miller como estando en la base de muchas tiranías políticas. Es decir, la negación de la dependencia – la de sí mismo y la del otro – hecha sistemáticamente en el neoliberalismo de hoy, puede ser, para muchos, una manifestación de la identificación y sumisión defensiva al padre perturbado de la infancia, que no podía admitir la dependencia como parte de la vida.

Comprender esta negación actual de la dependencia nos hace pensar en cómo, a lo largo de la historia, fue cuestionada una falsa idea moderna de libertad como ligada a una supuesta autonomía absoluta del individuo desprovisto de vínculos colectivos. Y como hoy, con la reducción sistemática de las protecciones sociales construidas a lo largo de siglos, esa pretensión moderna de una libertad como independencia total retorna con fuerza.

El sociólogo Robert Castel (1998) sugiere que en la aurora de la modernidad, la disolución de los lazos jerárquicos opresores del antiguo régimen habría inicialmente dejado al individuo "libre" sólo para luchar por su supervivencia a través del trabajo precario en las condiciones terribles de las primeras fábricas capitalistas. Sin embargo, nos dice el autor, a partir de las grandes revueltas laborales de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, habría existido un momento en que pasamos a aceptar socialmente la paradoja de que la libertad del individuo sólo es viable cuando ese individuo está mínimamente incluido en contextos capaces de acoger su dependencia. Así se crearon la educación y la salud pública, los derechos laborales y las jubilaciones, de modo que el sujeto pasó a contar con una red mínimamente consistente que le permitió cierto margen de elección – ya no siendo obligado a aceptar cualquier condición de trabajo, para simplemente garantizar su supervivencia.

Ahora bien, esos apoyos sociales son precisamente los que hoy son sistemáticamente destruidos en el neoliberalismo en nombre de una pretendida libertad. La libertad del individuo es aquí comprendida falsamente, no como ligada a un margen posible de elección sobre las dependencias que puede establecer en cada momento, sino como independencia total, que el sujeto sólo alcanza si viene a dispensar gran parte de los soportes externos. La libertad pasa entonces a ser vista imaginariamente como una negación de la dependencia (de la dependencia propia y de los otros).

Me parece que tal negación, preocupante en el contexto macropolítico, puede estar relacionada, en el nivel micropolítico, con la fidelidad defensiva inconsciente de muchos al padre (o madre) hostil que tuvieron en la infancia, padre éste que despreciaba la dependencia del hijo, para satisfacer sus propias necesidades. Al mismo tiempo esa negación de la dependencia, siendo social, puede potenciar los efectos traumatizantes del ambiente familiar alrededor del individuo, pues ninguna alternativa consistente a los vínculos con los opresores, sean los de su pasado, sean los del presente, es consistentemente ofrecida hoy por el presente, social.

La cuestión que nos surge como desafío sería la de pensar una idea de libertad que no niega, pero afirma nuestra dependencia. Si el neoliberalismo parece decir que la libertad es una posibilidad del sujeto de lidiar con la falta, con las adversidades, aceptando la ausencia de referencias sociales acogedoras, podríamos oponer a esa ideología una idea de libertad como posibilidad de contar consistentemente con el ambiente, al punto de poder, mínimamente, elegir de quién y de qué depender, en cada momento.

En el psicoanálisis esa cuestión de cómo concebimos la libertad posible se relaciona a la cuestión de cómo se constituye el sujeto. La lectura clásica pulsional tiende a ver a un sujeto que nace a partir de la posibilidad de enfrentar la falta y la castración oriunda del conflicto entre sus tendencias pulsionales antisociales y las restricciones a la satisfacción que le llegan a través de la cultura. Aquí, el centro de referencia para la libertad posible estaría en la aceptación de que, si queremos vivir con el otro, necesitaríamos renunciar a la buena parte de nuestros anhelos pulsionales, y no esperar que sean acogidos. La libertad aquí es vista como una cierta posibilidad de enfrentamiento de la adversidad, aceptación de la escasez, una exigencia de trabajo, para que el sujeto lidie con el mundo real que, inevitablemente, frustrará sus impulsos, ya que éstos son esencialmente antisociales.

Los referenciales como los de Miller (2002) y Winnicott (1975), que cuestionan el carácter primordialmente antisocial y violento de nuestras tendencias innatas, vislumbran cuanto nuestras necesidades pueden ser atendidas, inspirando otra lectura posible de lo que sea la libertad, que no contradice la atención a nuestra dependencia.

La vitalidad creativa de Winnicott (1988) es pasible de ser atendida por el ambiente porque no es inherentemente disruptiva y violenta. No pretende una descarga de tensión total (como la pulsión de muerte en Freud), que se opone a la vida social a la convivencia satisfactoria con la alteridad. La vitalidad en Winnicott busca contextos que en parte se afecten por los gestos espontáneos y en parte resista a éstos, dando consistencia real a lo que es así creado por el sí mismo. Esta fuerza creativa sólo se satisface cuando encuentra no un otro destruido, sino una persona de confianza fuerte y vital, capaz de afectar y resistir al movimiento creativo del sujeto. En esa perspectiva no nos constituimos en la falta, tampoco en el enfrentamiento de la adversidad como propone el neoliberalismo, sino al haber internalizado el ambiente que de hecho atendió nuestra dependencia en la infancia y que por eso mismo nos permite una brújula egoica para que podamos buscar, en el presente, tal atención. Tal vez esa "brújula", orientada hacia la acogida posible en cada situación, sea nuestra verdadera libertad.

Pienso aquí que si la lectura social que prevalece hoy en la cultura neoliberal de disolución de las protecciones niega defensivamente la dependencia, estaría en esa visión distinta – de una libertad entendida como posibilidad de contar con los contextos acogedores y buscarlos para nosotros mismos – nuestra posibilidad de resistencia afectiva y política. Esto plantearía para nosotros psicoanalistas el desafío de afirmar un psicoanálisis más centrado en la presencia que en la falta, menos desconfiada del ser humano como sujeto que supuestamente abrigaría un pulsional tan peligroso que necesitaría ser controlado por la castración en vez de ser atendido por el ambiente.

Sin embargo, para ese camino, son muchos los obstáculos defensivos. Si Miller apunta el riesgo de que los psicoanalistas afirmen el pulsional como aquel peligro interno que moraría en nosotros – para no tener que ver el peligro externo proveniente de los padres y de la cultura – Winnicott apunta el miedo a la dependencia como otro obstáculo al pleno reconocimiento de la función ambiental no sólo en la infancia, sino a lo largo de toda la vida.

El miedo de la dependencia llevaría, según Winnicott (1957), no sólo a las diversas formas de dominio sobre la mujer, primera persona de quien dependemos en la mayoría de las culturas, sino a las diversas formas de tiranía relacional y social en que intentamos dominar con violencia los que no nos atienden, en el intento último de producir la acogida que nos falta.

Pero si el miedo a la dependencia sigue siendo imperioso e inspira las más diversas formas de totalitarismo social, entre las cuales podemos citar el neoliberalismo, el antídoto posible es un pensamiento que camina en la dirección contraria: el de la aceptación y afirmación de nuestras dependencias y vulnerabilidades. En el consultorio, en la política y en la vida de modo general, es importante recordar que no somos menores cuando necesitamos del otro y de los soportes sociales externos. Que madurar no es aceptar la falta como supuesta condición universal, sino buscar para sí las presencias posibles en cada momento y contexto, incluyendo aquí el contexto político. Pues sólo cuando esas presencias acogedoras prevalecen en nuestra experiencia las faltas y dolores del camino pueden ser de hecho reconocidas.

Parece que caminar en esa dirección nos lleva a hacer cambios laboriosos, pero muy necesarios en nuestra forma de pensar los afectos y la vida social.

**Referências**

Castel, R. (1998) As metamorfoses da questão social: uma crônica do salário. Brasil: Editora Vozes

Miller, A. (2006) The body never lies: the lingering effects of hurtful parenting. , Nova York, Londres: W.W. Norton &Company

Miller, A. (2002) For your own good: Hidden Cruelty in child-rearing and the roots of violence, Nova York: Farrar, Straus and Giroux

Winnicott, D. W. (1975) O brincar e a realidade, Brasil: Imago Editora

Winnicott, D. W. (1996) Tudo começa em Casa, São Paulo, Brasil: Martins Fontes

Winnicott, D. W. (1988) O ambiente e os processos de maturação, Porto Alegre, Brasil: Artmed

Sennett, R. (1999) A corrosão do Caráter: Consequências pessoais do trabalho no novo capitalismo, Rio de Janeiro, Brasil: Editora Record